



11

PASTORES DE UN GRAN REBAÑO — 1881

El domingo se presentaba caluroso. Blancas nubes parecían correr carrera por el azul del cielo, encendiendo las esperanzas de una tormenta. Pero eran demasiado blancas para traer agua... Sin embargo, el viento del norte podía dar una sorpresa en el transcurso del día...

Ya mediaba la mañana, cuando el pueblo de Córdoba, desafiando el calor, comenzó a reunirse frente al Cabildo, ubicado a escasos metros de la Catedral. Ese día tomaría posesión el nuevo Obispo, y nadie quería perderse tal acontecimiento. Según había sido dado a conocer, era un fraile de los Franciscanos Menores, catamarqueño de origen, Fr. Mamerto Esquíú. El común de la gente, poco sabía de él: había sido consagrado obispo en el mes de diciembre próximo pasado¹⁵, y se decía que sus homilías eran inigualables.

De pronto, las campanas de la Catedral comenzaron a repicar, y algunos empleados del municipio hicieron abrir un sendero por entre la multitud, desde la puerta del Cabildo, hacia la Catedral. A los pocos momentos salió la procesión, presidida por una cruz acompañada de ciriales portados por acólitos con dalmáticas¹⁶, seguidos por los

¹⁵ 12 de diciembre de 1880.

¹⁶ Ornamento propio del diácono; sin embargo, por extensión, se denomina así a la túnica que usaban los acólitos, muy similar a la de aquellos por ser más corta que la de los sacerdotes, lo mismo que las mangas.



sacerdotes más antiguos y el maestro de ceremonias; revestidos todos con ornamentos blancos. A continuación, el Obispo y, junto a él, el Sr. Presidente del Consejo Comunal Ejecutor¹⁷, Don Pedro Serrano; los seguían los Superiores de las comunidades religiosas; entre ellos, nuestro P. Torres quien, sin abandonar su porte recogido y solemne, no perdía detalle de lo que ocurría a su alrededor.

Junto a la puerta principal de la catedral, que debía permanecer cerrada hasta la llegada del Obispo, había sido instalado un altar con grandes cirios, los evangelios y los estatutos de la catedral, con la fórmula del juramento.

Una vez llegada la comitiva episcopal, don Pedro Serrano abrió la puerta y presentó al obispo una cruz, quien la besó con unción; luego le presentó el hisopo con agua bendita, y el Obispo procedió a asperger, a sí mismo, y a los miembros eclesiásticos y municipales presentes. Tras incensar el altar, el nuevo Prelado lo bendijo y, puesto de rodillas, inclinó su cabeza para oír el juramento que fue leído por su secretario. Se diría que todo Córdoba quedó en suspenso, en minutos de silencio que parecieron eternos hasta que, levantando la cabeza y dando un imperceptible suspiro, se puso de pie. Luego, levemente inclinado sobre el altar firmó, con pulso firme y trazo ligero, el documento.

Se escucharon entonces las voces del coro, interpretando el himno “*Ecce Sacerdos*”¹⁸ mientras la procesión iniciaba su ingreso en el templo, dirigiéndose al Altar Mayor. El P. Torres no pudo menos que pensar, que así debían de ser las liturgias celestiales. ¡Cuánta emoción experimentaba! Fr. Mamerto Esquiú, ¿estaría sintiendo lo mismo que él? ¡Indudablemente! Pero mucho más, ya que recibía en sus hombros y en su alma la responsabilidad de toda una diócesis... la misión de pastorear un gran rebaño, en tiempos difíciles.

Llegados al presbiterio¹⁹, el canto del *Te Deum* envolvió a todos los presentes, tocando sus fibras más íntimas, y preparando los corazones para escuchar las palabras

¹⁷ Pocos años después, en 1883, recibirían el nombre de “Intendente”.

¹⁸ “He aquí el gran sacerdote”

¹⁹ Área del altar mayor hasta el pie de las gradas por donde se sube a él, que solía estar cercada con una reja.



que, a continuación, dirigió el nuevo Pastor. La breve homilía, mostró a un hombre que, con profunda humildad y sinceridad, se preguntaba si haber sido elegido para puesto de tanta dignidad, significaría para él salvación... o condenación... Y se comprometía a dedicarse por completo a su pueblo: *“Me gusta la soledad y una vida retirada; sin embargo, mientras tenga fuerzas, me verán siempre inquieto de una a otra parte, solícito del bien de todos”*.

Ya de regreso en su convento, y mientras se escuchaban algunos truenos en la lejanía, el P. Torres repasaba en su interior lo vivido esa mañana. Mons. Esquiú lo había impresionado como hombre no solo humilde, sino santo. ¡Que Dios le diera fortaleza para cumplir su propósito de andariego inquieto! ¡La Diócesis lo necesitaba!

Durante el almuerzo, luego de los comentarios e impresiones vividas por cada uno a causa de la celebración, el P. Torres les comunicó que había recibido carta del Maestro General.

- Miren, Hermanos. Tenemos la oportunidad de que, al menos dos de ustedes, vayan a estudiar a Roma. Se lo comenté al Maestro General, y acaba de contestarme dando su aprobación.
- ¿Estudiar? ¿Y qué habría que ir a estudiar tan lejos?
- Bueno... fundamentalmente teología, pero también aquellas otras ciencias que nos ayudarán en el pastoreo de los fieles. – Y agregó, citando su propio Manual de Urbanidad: – ***“Es indecible el bien que le acarrea la Urbanidad al Religioso: porque así como la cultura del entendimiento hace a un Religioso tan apacible, y es tanta gloria de Dios, porque puede atraer almas a Él por medio de la predicación, confesonario, escritos, etc.; así, la Urbanidad que enseña al Religioso la cultura exterior, suele a veces atraer, no menos, muchas almas a Dios.”***
- ¿Y sería en nuestro convento?
- No, no – contestó el Padre –; vivirán, sí, en nuestro convento, pero irán a estudiar a la Universidad Gregoriana. Como saben, es el seminario que dirigen los padres jesuitas, y donde se forman algunos sacerdotes diocesanos, como también religiosos y algunos laicos piadosos. Si bien la Iglesia no exige esta formación para



ejercer el ministerio, es aconsejable hacerlo, sobre todo por el bien de las almas que nos buscan para ayudarlas en su camino hacia Dios.

Mientras hablaba, miraba con disimulo a los Padres Toledo y Romero, esperando descubrir en ellos algún gesto que revelara sus sentimientos. No se hicieron esperar...

- ¿Y... hay que postularse... o ya están elegidos los candidatos? Porque yo estaría dispuesto a intentarlo. Es más, ¡me encantaría! – dijo el P. Toledo con la mirada brillante de entusiasmo.
- ¡Lo mismo digo! – se apuró a añadir el P. Romero –. No sé ni una palabra en italiano, pero el P. Valenzuela seguramente me ayudará... ¡y no ha de ser tan difícil!

Cuando se aplacó la ovación con que la comunidad religiosa había recibido estos espontáneos ofrecimientos, el P. Torres dijo, con alegre solemnidad:

- ¡Ante tal decisión... decidido está! Vayan preparando sus asuntos, que ¡en abril los despediremos!

Y entre risas, recomendaciones y situaciones descabelladas imaginarias, continuó el almuerzo. El P. Torres contemplaba con gozo a sus Hermanos, respondiendo con una sonrisa a sus ocurrencias. ¡Cómo había cambiado, para bien, la vida comunitaria! Todavía faltaba mucho para alcanzar el ideal, pero esto que ahora vivían y compartían juntos, era algo impensado en sus épocas de novicio. Dio gracias a Dios por haberle permitido ser parte de este milagro que hoy tocaba con sus manos.

No sabía que, pocos meses más tarde, le tocaría entregar el timón de la Provincia. Otro sería el timonel que los seguiría guiando hacia una fraternidad cada vez más plena. Sin embargo, él siempre estaría presente con su aporte, su sabiduría, su prudencia, su oración, porque en sus designios insondables, Dios contaba con él para una misión especial y... ¡estaba preparándolo!

Afuera, una lluvia mansa y penetrante, fecundaba la tierra...